

PRÓLOGO.

El estudio de las elites está situado en el candelerero de la actualidad historiográfica. La veta estuvo largo tiempo sin explorar y hoy son muchos los investigadores que se colocan en un tajo muy diversificado que va desde los estratos dirigentes del mundo político hasta los que adoptan las grandes decisiones económicas, pasando por un ancho repertorio que abarca las elites culturales, religiosas, mediáticas, ... A medida que avanza y profundiza el proceso democratizador, semeja hacerse más necesario el análisis de los estamentos a los que correspondieron y corresponden la toma de decisiones en todas las manifestaciones de una colectividad. La afinidad de los contrarios -individuo y masa, uniformidad y singularidad-, tan presente siempre en la evolución social, encuentra sin duda una expresiva ilustración en el cultivo de este campo historiográfico abierto y transitado también por los integrantes de otras disciplinas humanísticas a la manera de la sociología o la política.

En nuestro país, tan a rezago en todo tiempo en la andadura cultural, la roturación de esta parcela se inició, ciertamente, casi en las mismas calendas que en las naciones de antenas culturales más alertadas, pero, al contrario que en éstas, su desarrollo fue desordenado y atomizado hasta lindar con el caos. Faltó así la más elemental planificación a la hora de acometer la tarea -una pesarosa consecuencia más de nuestra orfandad de instituciones prestigiosas, con potestas y auctoritas para orientar las grandes investigaciones-. De esta forma, nos enfrentamos a una verdadera babel, con numerosos puntos y centros de investigación pero sin una coordinación mínima entre sí.

Aparte de la concurrencia de algunas investigaciones -circunstancia, en verdad, no siempre lamentable-, el entusiasmo ha vencido en todo momento al rigor. Parecía, en efecto, que los grandes cuerpos de la administración y del estado deberían ser prioritarios por la abundancia de material, así como también -aunque, si se quiere, secundariamente- por el papel que representa y, sobre todo, representaron en la dirección del país. No ha sucedido así y éste es el instante en el que seguimos sin disponer de trabajos solventes y con cierto ánimo globalizador acerca de muchas prosopografías, como, por ejemplo la castrense, la diplomática, la empresarial o la intelectual, tomadas por supuesto desde río arriba de la historia nacional. En su lugar, proliferan los trabajos, muchos de ellos beneméritos, sobre elites locales y regionales, supeditados por su propia estructura y dinámica a las de un ámbito nacional que todavía -insistimos- permanece en buena parte ignorado.

Pero, en fin, ante el valioso y muy loable trabajo de las mujeres y los hombres -todos ellos muy jóvenes- cuyos frutos se ponen en esta obra a disposición de todos los interesados en la materia, conviene ceder en la quejumbre estéril y subrayar lo mucho de positivo -y de esperanzador- entraña su esfuerzo.

Desde luego, la historiografía andaluza necesitaba de su ejemplo. Por desgracia, y no obstante la plausible labor de algunos centros y departamentos, la historia de nuestra región está, entre otras muchas cosas, muy urgida de contar con trabajos como los que aquí se colectan. Sólo disponiendo de sus resultados podrá acometerse en un mañana que ojalá no se dilate, el estudio, a escala de toda la comunidad, de la prosopografía de los estamentos y grupos que en buena parte decidieron y deciden la vida de sus, en todo tiempo, conformistas habitantes, desgarrados entre el narcisismo y el victimismo.